



Carlos Osoro Sierra  
Arzobispo de Oviedo

**«Con María hemos venido a adorarle»**  
**XXIX Marcha de Jóvenes a Covadonga**  
**19 de marzo de 2005**

Es una gracia de Dios poder hacer esta peregrinación hasta la Santa Cueva de Covadonga. Deseo que todo el camino, primero durante el recorrido y después cuando lleguemos a ese lugar de tanta significación para todos los asturianos, sea toda una experiencia de encuentro con Jesucristo.

Tenemos la oportunidad de hacer una bella experiencia. Os invito a realizarla en tres tiempos:

- 1.- Experimentando la certeza de la cercanía de un Dios que nos abre a la vida (Mt 2, 9-12);
- 2.- Que nos manifiesta donde está nuestra felicidad (Mt 5, 1-12)
- 3.- Y que nos llama a una misión extraordinaria (Mt 5, 13-16).

**I. «Hemos venido a adorarle». Experimenta cómo Jesucristo te abre a la vida**

*«Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa: vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Y avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino» (Mt 2, 9-12).*

También nosotros en los años que tenemos y hemos vivido, hemos oído muchas cosas. Lo mismo que el rey habló a los Magos, a nosotros también nos habló mucha gente y nos contaron muchas cosas. También nos ha hablado Dios mismo. ¡Cuántas veces hemos escuchado su Palabra! Y sin embargo no siempre nos hemos dejado dirigir por ella. Fueron otras palabras a las que hicimos caso.

Hoy, en este camino que estás haciendo, con la confianza que te da ir de la mano de María, **haz una experiencia de silencio**. Haz silencio, escucha, oye. Cuando hiciste el camino haciendo caso omiso a Dios y oyendo otras palabras que provenían de otros como tú, ¿qué sentías? ¿Qué experimentabas? ¿Cómo te encontrabas? ¿A dónde ibas? ¿Qué significaban los demás en tu vida? ¿Quién eras tú? Y sin embargo, cuando has escuchado la Palabra que Dios mismo te dirigía, ¿qué has vivido?.

**Has conocido a Jesucristo. Haz un acto de adoración a su Persona.** Es Dios mismo que se hizo Hombre, para decirte a ti y a todos cómo tenemos que ser, hacer y vivir. También tú has tenido señales de la presencia del Señor. Al igual que los Magos que siguieron la estrella que se fue posar posó en el lugar donde estaba el Niño para señalar donde había nacido Jesús, también tú has visto a través de tu vida muchas señales que te han hecho experimentar que el señor es el Camino, la Verdad y la Vida.

Entra en la presencia del Señor. Haz un acto de adoración al Señor. Él vive en medio de nosotros. Y para entrar en su presencia, te invito a que lo hagas con María. Ella te lo ofrece, desea que entre en tu corazón, te lo presenta, quiere que ocupe toda tu vida, Ella te dice quién es de verdad Dios y quién es de verdad el hombre. Y María, como Madre buena, te invita a que hagas lo que Él dice: *«Haced lo que Él os diga»*.

Póstrate en la presencia del Señor y adora. Contempla. Descubre que todo cambia a partir de esta experiencia: que

Dios ha venido para hacerse Hombre y a vivir con los hombres. Dios se ha hecho solidario con nosotros en todo lo que somos, menos en el pecado. Y además, se ha hecho solidario con nosotros, para sacarnos del atolladero del cual nunca, por nuestras fuerzas, hubiéramos podido salir. Solamente Dios nos puede sacar de la impotencia, de la oscuridad, de la muerte. Y para hacer esto se hace Hombre y así sobrepasar lo nuestro y darnos su vida misma.

Abre toda tu vida y entrega al Señor todo lo que tienes, ponlo en sus manos. ¿Cuáles son tus riquezas? ¿Qué estás dispuesto a darle? En este momento histórico que estamos viviendo se necesitan cristianos que arriesguen todo para dar a conocer a Jesucristo a todas las personas. Hay que decir con fuerza y convicción que el camino del hombre es Jesucristo. Ya se han probado otros caminos y vemos los resultados que dan en la vida de los hombres. Hoy, desde este silencio y dando la mano a María, ¿qué estás dispuesto a dar de ti al Señor? **“Con María hemos venido a adorarlo”**.

## II. «Hemos venido a adorarlo»: Experimenta con Jesucristo la felicidad

*«Viendo a la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la Palabra, les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros» (Mt 5, 1-12).*

Vas por el camino junto con otros, como peregrino. Si eres una persona cabal, estoy seguro que piensas en hacer muchas cosas, pero muy a menudo, te haces consciente de que quieres hacerlo todo contando solamente con tus fuerzas. Así vas al fracaso, a ser un descontento permanente, a vivir en la desilusión y la desesperanza. Sitúas tu quehacer en horizontes muy pequeños y raquíuticos. **Te invito a conversar sobre tú vida** con quien va contigo en el camino, sobre vuestras tareas, ilusiones, frustraciones o ideales. No te dé vergüenza conversar sobre lo que es cotidiano en tu existencia. Camina con firmeza, habla desde el corazón, desde la profundidad de tu alma.

En esta conversación, introduce la presencia del Señor en vuestras vidas, en vuestro camino. Él va con vosotros. Os está viendo como estáis y está caminando con vosotros. Acércate a Él como lo hicieron sus primeros discípulos. Quizá eres pobre o manso; quizá estás llorando por motivos muy diversos o tienes hambre de muchas cosas, también de justicia; quizá eres misericordioso y limpio de corazón; quizá trabajas por la paz y eres perseguido por situarte ante los demás como defensor de sus derechos; quizá te injurian o dicen mentiras contra ti. No importa como estés. Lo que importa es que Jesús, estés como estés, te dice: bienaventurado, feliz, dichoso. Escucha de sus labios esta palabra para ti: dichoso, bienaventurado, feliz. Porque la dicha no viene por lo que te esté sucediendo, sino por la presencia real y verdadera del Señor en tu vida. Él es quien te da la felicidad, quien te abre horizontes, quien te entrega esas palabras de acogida tan preciosas, *«venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré»*.

Y lo que dice Jesús, importa que tú se lo digas a los demás que caminan contigo. Diles con firmeza, dichosos, felices, bienaventurados. Hazlo de corazón. No tengas miedo a decirlo, pues es verdad. Pero tienes que hacerlo desde donde esta expresión adquiere sentido y fuerza: saliendo de labios de Jesús. Experimenta con aquellos que van de camino contigo que la felicidad, la dicha, la bienaventuranza, la da Jesucristo y solamente Él. A pesar de las situaciones que lleguen a tu vida, la salida a todo, solamente la da Jesucristo. ¿Quién es Jesucristo para ti hoy? ¿Cómo es tu relación con Él? Díselo a quien va a tu lado, a quien hace el camino contigo. **“Con María hemos venido a adorarlo”**.

## III. «Hemos venido a adorarlo»: Experimenta con Jesucristo la misión de tu vida

*«Vosotros sois la sal de la tierra. Más si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 13-16)*

Hemos llegado a la meta que habíamos previsto, la Santa Cueva. Aquí comenzó una aventura extraordinaria hace

muchos siglos. Cuando estaba desapareciendo una manera de entender al ser humano tal y como se nos revela en Jesucristo. Un grupo de cristianos siente la llamada a mantener la presencia de Jesucristo y a ser sal de la tierra y luz del mundo. Somos descendientes de aquellos cristianos que sintieron cómo la Santina les acompañaba en aquella aventura de mantener y devolver el rostro al ser humano tal y como lo había revelado Jesucristo.

Ante la imagen de la Santina que en sus brazos tiene a Jesucristo y ante Jesucristo realmente presente en la Eucaristía, escucha las palabras que hoy te dirige el Señor a ti: «*Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo*». ¡Qué afirmación la del Señor para hablarnos de nuestra identidad y de nuestra misión! El día de nuestro Bautismo, recibimos la vida del Señor y ésta nos entregó una misión extraordinaria, ser sal de la tierra y luz del mundo. Este ha sido el acontecimiento más grande y más extraordinario de nuestra vida. Todos los demás acontecimientos, tienen que ser interpretados desde éste que marca nuestra vida.

En la cercanía de María experimenta esta gran misión. A Ella, también Dios la pidió una misión extraordinaria, ser Madre de Dios y dar rostro humano a Dios mismo. A ti te pide el Señor que seas por Él y desde la comunión con Él, sal y luz del mundo. Para ti esta misión es imposible si la quieres hacer con tus propias fuerzas. Para ti esta misión sobrepasa tus posibilidades y capacidades, pero para Dios nada hay imposible. Él te ha dado su vida para que la hagas presente en esta historia, en medio de los hombres. Tienes que dar sabor a la vida y a la historia humana. Y tienes que ser luz en medio del mundo en el que hay tantas sombras. ¿Qué sabor necesita esta humanidad para quitar todo lo insípido? ¿Qué luz tiene que existir en este mundo para eliminar todas las oscuridades que aparecen? ¿Dónde está lo insípido de esta humanidad? ¿Dónde están las oscuridades?

Di sí a esta misión a la que te llama el Señor: ser sal de la tierra y luz del mundo. Él te sostiene y te acompaña. Además aquí, en este lugar santo, Él te hace experimentar de una manera nueva y renovada ese «*ahí tienes a tu Madre*». Y ciertamente se palpa la cercanía de María en esta Santa Cueva de Covadonga, donde la presencia maternal de la Virgen adquiere un realismo para el cual no existen palabras que lo describa, si los hechos. De aquí no se sale igual que se entró. El camino del peregrino tiene meta y compromisos. ¿Cómo quieres tú ser sal de la tierra y luz del mundo? ¿Qué compromisos tienes que asumir? **“Con María hemos venido a adorarte”**

Con gran afecto, te bendice

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo

---